

PRESENTACIÓN

Introduction

Conrad VILANOU TORRANO
Universidad de Barcelona

Anastasio MARTÍNEZ NAVARRO
Universidad Complutense

LA historia de la educación física ha sido —hasta fecha reciente— uno de los ámbitos sectoriales del área de la historia de la educación más desatendidos. En efecto, la historia de la educación —preocupada tradicionalmente por el estudio de las ideas e instituciones pedagógicas— olvidó el análisis de las prácticas físico-corporales y su incardinación en los sistemas educativos nacionales.

Es evidente que la misma intelectualización de los procesos educativos comportó un cierto desprestigio hacia la educación física, identificada —cuando no devaluada— con simples actividades paraescolares, sin entidad substancial propia. Para muchas pedagogías la educación física se ha reducido a juegos, distracciones y pasatiempos, ésto es, a simples actividades lúdico-recreativas que, a lo sumo, han abordado cuestiones higiénicas relacionadas con la lucha contra el cansancio escolar y la morbosidad infantil.

Durante décadas el cuerpo y el espíritu —de acuerdo con los principios de algunas filosofías de ascendencia platónica que entrevieron el cuerpo como la cárcel del alma— han marchado separados. Aquellos antiguos ideales de la formación integral de la educación griega —tal como planteaba, por ejemplo, la *kalokagathia* helénica, que combinaba la areté corporal con la excelencia moral y personal— perdieron, con el paso del tiempo, significación y protagonismo.

La formación corporal, que bajo la atenta mirada de paidotribos y gimnasiarcas se cultivó —durante siglos— en palestras y gimnasios, entró —a partir del siglo III a. C.— en crisis. La misma especialización y profesionalización de las actividades físico-corporales; la corrupción de las competiciones deportivas; la perversión de los valores atléticos; las influencias orientales; la consabida oposición veterotestamentaria al gimnasio como elemento helenizador y distorsionador, por tanto, de las costumbres hebreas; la merma del espíritu agonístico griego en favor de una decadente pasión lúdica, ávida por la crueldad de los juegos y espectáculos circenses presentados por el cristianismo como una auténtica *pompa diaboli*; la sistemática condena cristiana del arte de la palestra, a pesar del contrapunto de algunos Padres de la Iglesia

que, como Clemente de Alejandría, permitían la práctica de los ejercicios gimnásticos a los cristianos que vivían de conformidad con el Logos; la supresión de los Juegos Olímpicos por Teodosio en el año 394 en su cruzada contra el paganismo; acabaron —entre otras causas— con aquel espíritu en el que se habían educado los héroes de la batalla de Maratón.

La nostalgia por el antiguo esplendor de la educación física antigua fue una constante durante décadas. Así, por ejemplo, los viajes literarios de Luciano de Samosata en su *Anacarsis*, la descripción de la Grecia de Pausanias, y el tratado de Filóstrato sobre la gimnasia, confirman el recuerdo de un pasado glorioso, lamentablemente desaparecido y que el humanismo renacentista intentará rescatar. Las recomendaciones de Nebrija sobre la educación de los hijos, el *Gargantua* de Rabelais, los *Ensayos* de Montaigne, la literatura utópica de un Campanella, enfatizarán igualmente la conveniencia y utilidad de los ejercicios corporales para la educación humana. Las experiencias pedagógicas del humanismo italiano —la Casa Giocosa de Vittorino da Feltre o el ideal cortesano de Baltasar de Castiglione— incorporarán, de nuevo, la dimensión de la educación física y corporal.

También los tratadistas del Renacimiento recuperaron el talante y el sentido físico-corporal de la pedagogía clásica. Nicolás Wynmann escribía en 1538 *Colymbetes*, o el arte de nadar, primer tratado sobre la natación. Por su parte, Jerónimo Mercuarialis publicaba en 1569 su *Arte Gymnástica*, una de las piezas claves para el fomento y ulterior desarrollo de la educación física. Las diferentes escuelas de esgrima y equitación, la consolidación de la vida urbana y la proliferación de muchos juegos medievales —como el *jeu de paume*—, el célebre tratado de Scaino sobre los juegos de pelota (1555), el famoso *Agnosticon sive de re athletica ludisque veterum gymnycis novices atque circensibus* de Petrus Fabri que data de 1592, atestiguan la voluntad de entroncar con la tradición pedagógica antigua, preparando un estado de opinión favorable al cultivo de los ejercicios físicos que las modernas corrientes pedagógicas se encargarán de proclamar por doquier.

Sin embargo, las circunstancias que rodearon la institucionalización de la educación física en el discurso pedagógico contemporáneo dificultaron las cosas. En más de una ocasión la educación física fue manipulada en provecho de ideologías políticas, reduciéndose a una simple preparación premilitar vacía de valores formativos y humanísticos. Baste —a título de simple muestra— el recuerdo de los batallones escolares, de gran predicamento en el siglo XIX y comienzos del XX. Así se erosionó —en parte— el estatuto pedagógico y el prestigio social de la educación física que, de esta forma, encontró serios obstáculos para su aceptación y definitiva implantación.

De hecho la misma articulación del término *educación física* se forjó tardíamente. Fue el médico francés J. Ballexserd quien al publicar, en 1762, su *Dissertation sur l'éducation physique des enfants depuis leur naissance jusqu'à à l'âge de leur puberté* daba nombre a una disciplina que, si bien era conocida desde época antigua, sólo a partir de los vientos del empirismo y del naturalismo de la Ilustración, fue tomada de nuevo en consideración. No en vano Locke sacó a colación, en sus *Pensamientos acerca de la educación*, el famoso aforismo de la sátira décima de Juvenal: *mens sana in corpore sano*.

Con estos antecedentes, la institucionalización de la educación física siguió, en líneas generales, estas tres directrices: la *tradición militar* —en la que tanto destacó nuestro coronel Amorós y que encontró en los *Turnen* de Jahn una de sus expresio-

nes más genuinas—; la *tradición médico-higiénica* propia de la gimnasia sueca de Ling, desarrollada posteriormente por autores como Tissié y Mosso, y potenciada por el avance de los estudios y trabajos de Bernard, Pasteur, Marey y Demeny; y finalmente, la *tradición pedagógica*, gestada en los campos de deporte de Oxford y Cambridge a través de educadores de la talla de Thomas Arnold y que fue cultivada, entre otros, por insignes pedagogos como Coubertin quien, después de sus viajes comparativistas a Inglaterra, alumbró la idea de restaurar los Juegos Olímpicos como una empresa claramente pedagógico-reformista y neo-humanista, tal como formuló él mismo en su *Pédagogie Sportive* (1922).

Desde el primer momento, el deporte tuvo defensores y detractores. Hérbert proclamaba, en 1925, el divorcio existente entre el deporte y la educación física. Para algunos pedagogos españoles, la importación de deportes foráneos —con sus connotaciones anglófilas— representaba un serio peligro para la supervivencia de los juegos autóctonos y tradicionales.

El mismo movimiento de la Escuela Nueva —que tanto contribuyó al desarrollo de las colonias escolares, al fomento de la higiene, a combatir la fatiga escolar y a promover la vida al aire libre— se mostró reacio con el deporte. Por contra, algunas instituciones educativas confesionales —como la YMCA norteamericana— perfilaron nuevas prácticas deportivas, como el baloncesto y el balonvolea. Igualmente la aparición del escultismo de Baden-Powell comportó un sinfín de posibilidades para la educación física.

En los últimos tiempos la educación física está viviendo una renovación indiscutible. Las líneas de actuación tradicionales se han vivificado con aportaciones como la danza, la música, la rítmica, la psicomotricidad, la expresión corporal, el deporte educativo, las escuelas de iniciación deportiva y un largo etcétera más, entre el que no podemos olvidar los deportes de aventura que, a pesar del riesgo que comportan, poseen grandes posibilidades didácticas. De este modo, la educación física está enfrascada actualmente en importantes cuestiones epistemológicas y conceptuales que además de requerir el esfuerzo de todos, acarrearán de buen seguro —en un futuro inmediato— benéficos resultados.

Es conveniente, pues, que los historiadores de la educación fijemos nuestra atención en la educación física. A través del estudio de su pasado histórico, también se podrá contribuir y participar en los debates que surgen en torno de una disciplina que cobra cada día más interés. Felizmente la historia de la educación física está recuperando sus señas de identidad. Hoy se ha superado la época en que Rufino Blanco, en la soledad de su gabinete y biblioteca, elaboró aquella magnífica y utilísima *Bibliografía general de la Educación Física* (1927).

De una parte, los historiadores de la educación se han percatado de la cabal importancia de la historia de la educación física, tal como confirma la convocatoria del XIV Congreso internacional de la ISCHE (*International Standing Conference for the History of Education*), reunida en Barcelona en 1992 coincidiendo con la celebración de los Juegos Olímpicos.

La historia de la educación física también se ha asociado a la historia del deporte. Hasta 1989, existían dos organismos internacionales —HISPA e ICOSH— dedicados al estudio de la historia del deporte. Mientras HISPA agrupaba a los países occidentales, ICOSH tenía una mayor presencia en los países del Este de Europa. Cada una de estas organizaciones convocaba sus propios congresos y reuniones científicas, hasta que finalmente en 1989 acordaron fusionarse dando lugar a la ISHPES

(*International Society for the History Physical Education and Sport*), con sede actual en Berlín, que intenta combinar el tratamiento de la educación física con el del deporte.

Como estamos viendo la historia de la educación física se presenta como un reto abierto, es decir, como una empresa plural e interdisciplinaria. En efecto, la historia de la educación física —por encontrarse en un cruce de caminos— necesita de la ayuda y colaboración de otras historias sectoriales a fin de conseguir una adecuada y satisfactoria complementariedad. Las aventuras del cuerpo humano en los diferentes discursos pedagógicos —ahí está, por ejemplo, el caso de la ortopedia—; la génesis y evolución de la higiene y de la salud pública; el desarrollo de los conocimientos biológicos y fisiológicos; el avance de la medicina; los juegos y las antropologías lúdicas; la historia militar; los movimientos asociativos; los cambios de los ideales estéticos; los condicionamientos naturales y técnicos; los estudios sobre la alimentación y dietética humana; son —entre otros— algunos de los aspectos y factores que deben subvenir y coadyuvar al desarrollo y fomento de la historia de la educación física.

Con este enfoque no ha de extrañar que la historia de la educación física esté experimentando importantes cambios metodológicos y de contenido. Si bien en ocasiones han predominado los trabajos de carácter monográfico sobre algún autor o escuela gimnástica, o bien sobre el origen y la trayectoria de doctrinas físico-corporales concretas y específicas, hoy se detectan nuevas tendencias que apuntan hacia una historia más crítica e integrada que, combinando heurística y hermenéutica, apuesta por una reconstrucción de la temporalidad pedagógico-histórica en educación física. De este modo la historia de la educación física debe relacionarse con la historia de las mentalidades, la historia social, la historia de las ciencias, la sociología y la etnografía.

Y a pesar de que la historia de la educación física está pendiente de una configuración y estructuración definitiva —parafraseando a Yannick Ripa podríamos decir que la historia de la educación física es un *puzzle* en construcción—, la producción bibliográfica —sobre todo en el extranjero, pero también en España— comienza a ser notable no sólo en cantidad sino también en calidad.

De ahí la oportunidad de un número monográfico sobre la historia de la educación física como el que ahora presentamos, y en el que colaboran profesores e investigadores pertenecientes tanto a la historia de la educación en general como a la historia del deporte. Pensamos que el número de autores participantes, el valor de los trabajos recopilados, la pluralidad de enfoques y metodologías, la variedad de temas tratados, revelan el excelente tono vital que atraviesa —también entre nosotros— la historia de la educación física.

Contamos, en primer término, con una serie de artículos referidos a la educación física en la época clásica. El profesor López Eire, de la Universidad de Salamanca, profundiza en las relaciones existentes entre la naturaleza, el amor y el deporte en la Grecia antigua. La profesora Teresa González-Aja, del Instituto Nacional de Educación Física de Madrid, analiza la incidencia de la educación heroico-agonal homérica en el arte helénico. Concluye este primer apartado, sobre la educación física greco-latina, un trabajo de la profesora Angela Teja —discípula aventajada del malogrado historiador italiano Di Donato— sobre las instalaciones deportivas de la Roma antigua.

Sigue, a continuación, la aportación del profesor Buenaventura Delgado sobre la educación física del caballero medieval. Saúl García Blanco —autor de una tesis doc-

toral sobre la educación física de los mexicanos— comenta, en apretada síntesis, las actividades físico-deportivas mesoamericanas.

También la historia de la gimnasia ha concitado una considerable atención. En efecto, con relación a este tema Miguel Angel Betancor y Conrad Vilanou ensayan una lectura espartana del ideario festivo y gimnástico de la revolución francesa, mientras que Anastasio Martínez Navarro aporta una serie de datos para la historia de la Escuela Central de Gimnástica, una de las iniciativas más significativas —pero lamentablemente fallida— de la historia de la educación física de la España contemporánea.

Especial relieve merece el artículo del profesor Alejandro Sanvisens sobre la conversión de la gimnástica griega al cristianismo, según José de Letamendi, y que su autor dedicó al profesor Ramón Sarró Burbano. Desgraciadamente se trata de una publicación póstuma, habida cuenta que el profesor Sanvisens falleció cuanto este número se encontraba en prensa. Alejandro Sanvisens —excepcional humanista, maestro de innumerables promociones universitarias, excelente profesor y mejor amigo— se apasionó, desde su juventud, por el estudio de los médico-filósofos. Curiosamente en los últimos tiempos había vuelto a sus orígenes, librando pocos meses antes de su fatal desaparición este artículo que ahora sale a la luz y que, de algún modo, brindamos como sincero homenaje y público reconocimiento hacia quien tanto hizo por la ciencia pedagógica española.

No podía faltar —en un número de las características del presente— alguna referencia a la historia del deporte en España. Precisamente el artículo del profesor Francisco Lagardera —autor de una tesis doctoral sobre los orígenes del deporte en Cataluña— aborda, desde una perspectiva histórico-sociológica, el proceso de incorporación del deporte en la sociedad española contemporánea. Por su parte, la profesora Angela del Valle —bien conocida por sus estudios y publicaciones— presenta un estudio sobre las actividades físicas en el sistema pedagógico del padre Poveda.

Completan este número monográfico dos contribuciones de tipo documental. De una parte, Rocío Pajarón —una de las mejores especialistas sobre la historia de la educación física de la mujer española— nos ofrece un análisis de la educación física en la legislación escolar franquista. Finalmente, se incluye una selección bibliográfica —clasificada en diferentes apartados— sobre historia de la educación física que, a pesar de sus carencias y limitaciones, pretende ser una guía auxiliar y orientativa para quienes deseen iniciarse en el intrincado mundo de la historia de la educación física.

Este número —como cualquier obra humana— no hubiera podido realizarse sin la colaboración de un gran número de personas, en particular de quienes han participado con sus investigaciones y trabajos, pero también de aquellos otros que, de una forma anónima y eficaz, han contribuido con su ayuda y cooperación a la elaboración de la presente monografía. Mención especial merece el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Salamanca que además de dispensarnos con su confianza, nos ha alentado y animado en todo momento. Gracias a todos ellos.